

CRUZADOS DE LA GUERRA FRÍA. LA PRENSA GRÁFICA TRADICIONAL Y EL ANTICOMUNISMO EN LOS SESENTA

JUAN ALBERTO BOZZA

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL - UNLP

albertobozza@speedy.com.ar

El proceso de radicalización política y social de los años sesenta fue seguido con gran preocupación por los medios de comunicación tradicionales (La Nación, La Prensa, entre los más importantes). Las clarinadas de alerta de las empresas periodísticas aludían a fenómenos como la radicalización de sectores del peronismo (activistas juveniles, sindicales, comandos pertrechados para acciones armadas); las mutaciones experimentadas en la izquierda tradicional (Partidos Socialista y Comunista) que originaron a las corrientes de la nueva izquierda (algunas partidarios de la vía armada); la activación del movimiento estudiantil y, significativamente, a la influencia de la revolución cubana sobre aquellos grupos y como causa de la conflictividad latinoamericana del periodo.

La información producida y distribuida por la prensa gráfica conservadora expresó, en clave de denuncia y advertencia, los intereses globales de las elites dominantes en defensa del orden social vigente;¹ desde esta perspectiva asumió los argumentos anticomunistas propalados por Estados Unidos durante la guerra fría, alentando una alineación automática de los gobernantes con su estrategia internacional. Esta enfática

toma de posición era, además, difundida por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), la entidad regional donde las empresas periodísticas conservadoras locales inscribían su pertenencia ideológica y su alianza con los gobiernos norteamericanos.² Tales intervenciones periodísticas agitaron, especialmente a partir del gobierno de Frondizi, una atmósfera política de sospechas y temores, a la que también contribuyeron pronunciamientos de jefes militares y eclesiásticos, de entidades empresarias, de partidos derechistas tradicionales, etc. El discurso anticomunista destilado por los grandes diarios instó a prevenir y reprimir el desafío de las fuerzas “revolucionarias” y “subversivas”. Sus mentores reclamaron a los diversos gobiernos y, especialmente, a las fuerzas del orden -así como conminaron a los partidos políticos y otras instituciones tradicionales-, a arbitrar leyes persecutorias y proscriptivas contra varias organizaciones y experiencias de la izquierda, contra grupos peronistas radicalizados y personalidades progresistas.

Como manifiestos en defensa del orden social, los pronunciamientos -y las acciones represivas que sugerían-, contribuyeron a agravar la crisis institucional en la que se degradó el régimen político post peronista. El sesgo tremendista que proyectaron sobre la inminencia del peligro que acechaba a Occidente operó como una ofensiva cuestionadora de la eficacia e idoneidad de los gobernantes civiles para enfrentarlo. Esa opinión legitimó las demandas de las fuerzas armadas para hacerse cargo de la represión de la “sedición comunista”, como un campo específico de sus funciones y, más grave aún, para derrocar a los gobiernos civiles que defecionaban o que se mostraran incompetentes en la tarea. La prensa conservadora asumía tempranamente la concepción del enemigo interno.

TRIBUNA DE DOCTRINA: LA TEORÍA DEL ENEMIGO INTERNO Y EL APOYO A LA CONTRAINSURGENCIA

Los grandes diarios de la burguesía hicieron tremolar el estandarte de anticomunismo más estridente durante el gobierno de la UCRI (1958-1962), incriminado a las izquierdas, al peronismo y al espectro de la revolución cubana³ como agentes de una agresión, articulada con la conflictividad social, que subvertía las instituciones económicas y políticas de nuestro país. A través de la narración de acontecimientos y de editoriales admonitorios, los diarios actuaron como tribunas fiscalizadoras de

quienes promovían “el desorden social” y del gobierno, al que le reprochaban no instituir con premura un dispositivo coercitivo más drástico sobre las izquierdas. Les preocupaba el recrudecimiento de la protesta social y sindical motivada por el rechazo a las medidas económicas y como resistencia a las disposiciones represivas, las leyes Conintes, del gobierno.

El agravamiento de la puja distributiva entre trabajadores y empresarios y las movilizaciones antigubernamentales, como las grandes huelgas y ocupaciones de establecimientos del periodo 1959 a 1961, eran, según las conjeturas de la prensa, obra del comunismo, de activistas sindicales, de comandos peronistas revolucionarios, como John William Cooke, y de incipientes formaciones guerrilleras.⁴ Atentos vigías contra la movilización, los diarios tradicionales detectaron los primeros rastros de la cubanización de fuerzas políticas en la confluencia de peronistas revolucionarios y activistas de la izquierda.

En realidad, la propia dinámica de la conflictividad social y las medidas represivas adoptadas por el gobierno acercaron a la militancia peronista combativa con los activistas comunistas y la izquierda socialista, insinuándose cierta acción coordinada.⁵ El devenir de las disputas económicas y políticas, protagonizadas por actores y organizaciones enraizados en nuestro pasado, era traducido por los grandes diarios como una perturbación exógena, impulsada por grupos extranacionales, ajenos a nuestra sociedad. Sus reportes informativos eran el fruto de percepciones conspirativas aplicadas a la historia reciente y a las alianzas de las izquierdas. Las páginas de La Nación encendían la alarma por la convergencia del peronismo revolucionario con militantes del Partido Socialista Argentino. El apoyo entusiasta de este grupo a Cuba, las redes de solidaridad en las que participaron, los encuentros en la Isla y la defensa de los presos gremiales y políticos peronistas⁶ hicieron de varios militantes de la izquierda socialista interlocutores cercanos a Cooke e impulsores de la radicalización del movimiento.⁷ La prensa conservadora comprobaba, con estupor, la progresión política de estos acuerdos en el apoyo a la candidatura de Alfredo Palacios como senador de Buenos Aires, en los comicios del 5 de febrero de 1961. Para mayor mortificación, la campaña electoral que llevó al triunfo a Palacios tuvo como principal consigna el apoyo y la defensa de la revolución cubana. Según La Nación, esta victoria era un triunfo del “fidelismo” y del “frente popular”; constituía “una advertencia” que anunciaba la inquietante emergencia de “un nuevo movimiento de masas”.⁸

Los periódicos tradicionales compartían la inquietud de las fuerzas armadas sobre los rumbos del activismo político y social y la ola de simpatía despertada por la Revolución Cubana en la izquierda, en el peronismo, y en el movimiento universitario. El virulento anticomunismo de los jefes militares reproducido en sus páginas, objetaba la idoneidad del gobierno para atacar aquel fenómeno. La Nación y La Prensa fueron cajas de resonancias de los planteos de las fuerzas militares contra Frondizi; también de su deseo de hacerse cargo de la represión de los conatos de la sedición interna. En alusión a la insinuación de una guerrilla de activistas peronistas en el norte del país, -el movimiento Uturuncos-, los relatos periodísticos reproducían denuncias de que “el país estaba en guerra”, haciéndose eco de las declaraciones de militares que acusaban al gobernador tucumano Celestino Gelsi de mantener una conducta moderada frente a la insurgencia guerrillera.⁹ Este tipo de exigencias se repitieron ante la sospecha de nuevos focos de disturbios. Los actos de sabotaje industrial, propiciados por comandos peronistas en Córdoba, provocaron la acusación de los militares contra el gobernador Zanichelli como cómplice de las actividades subversivas.¹⁰

Con perfiles más graves y delirantes, la prensa conservadora daba crédito a la existencia de desafíos comunistas en regiones insospechadas de tal actividad. En junio de 1960, La Nación transcribía la paranoia de un militar retirado responsable de una sublevación castrense que depuso, por breve lapso, al gobernador de San Luís, acusándolo de rodearse de una “red de funcionarios marxistas cuyo último designio era crear una Republica Popular Marxista”.¹¹ Al exagerar la diseminación de la amenaza, la prensa tradicional contribuyó a amasar una atmósfera de “autointoxicación” anticomunista que señalaba cierta complicidad del gobierno de Frondizi. Furibundos voceros del ideario de la Revolución Libertadora, como el almirante Rojas, imputaban al gobierno como agente de la penetración comunista. Políticos e intelectuales del mismo signo conservador, como Bonifacio del Carril, colaborador durante cuatro décadas de La Nación, no hesitaban en vaticinar una inevitable conquista soviética de Sudamérica¹²

Los diarios del establishment simpatizaban con la voluntad de los jefes militares de atribuirse la vigilancia del sistema político, para “protegerlo” de acechanzas comunistas, abonando implícitamente la adscripción de aquellos a la teoría de la guerra contrainsurgente (el nuevo curso que adoptaba, según los militares, la guerra moderna). Celebraban las iniciativas de formación y adoctrinamiento de la oficialidad argentina por militares franceses con vasta experiencia en la represión de conflictos

anticoloniales.¹³ Al respecto, el comandante en jefe del ejército, Toranzo Montero, propiciaba una estrecha colaboración de nuestras fuerzas armadas con las francesas. La prensa conservadora daba su aquiescencia al primer curso de guerra contrarrevolucionaria, a cargo de oficiales franceses, en la Escuela Superior de Guerra, el 2 de octubre de 1961; la ceremonia de apertura contó con la asistencia de Frondizi, del ministro Vítolo, del general Túrolo y del cardenal Caggiano.¹⁴

PÁGINAS DE SOSPECHA: LAS MANIOBRAS DE FRONDIZI

Las actitudes de Frondizi con relación a la situación cubana dispararon el encono castrense, amplificado por el coro derechista de la prensa tradicional, de políticos conservadores y de prelados de la iglesia. Su diplomacia activa, la mediación entre la administración Kennedy y los líderes cubanos en los episodios de la crisis del Caribe, enardecieron al lobby intervencionista –partidario de la invasión militar a la isla-, expresado en la verborrea del embajador Roy Rubottom y en las páginas de La Nación y La Prensa. Los pronunciamientos anticubanos, instigados por Estados Unidos, fueron atronadores en la conferencia de cancilleres de la OEA en Costa Rica, en agosto de 1960. El militarismo en ascenso fustigó la posición oficial de Argentina. Si bien esta condenó al “comunismo internacional”, también consideraba que la pobreza y el subdesarrollo de la región propiciaban el accionar de la subversión marxista, en sintonía con algunas caracterizaciones que habrían de tomar cuerpo en el programa de la Alianza para el Progreso.¹⁵

La gran prensa comulgaba con la irritación militar contra el gobierno por su doble visión del desafío comunista. La decisión de la mediación fue repudiada por casi todos los mandos militares y la prensa conservadora, compenetrados con el alistamiento tras la posición belicista de Estados Unidos. La Marina presionaba sin ambages al presidente para que abandone su moderación. Para el almirante Clement, nuestro país podía quedar “en una situación de absurda neutralidad ante la penetración comunista en América o de la tercera posición de una época superada; esta vez entre el gobierno comunista de Cuba y el occidental de Estados Unidos”. Paralelamente, el comandante el general Toranzo Montero, afirmaba que la propuesta constituía una equivocada gestión internacional que abría las puertas al izquierdismo.¹⁶ El descontento militar siguió agravándose. Además de desconfiar de la política de Frondizi, denunciaban la complicidad de algunos funcionarios con el enemigo cubano.

En abril de 1961, al producirse la invasión a Bahía Cochinos, las fuerzas armadas fustigaron la actitud del presidente de participar junto al presidente de Brasil, Janio Quadros, en un acto en Uruguayana, que no comulgaba con la intervención militar contra Cuba, tal como propiciaba el gobierno norteamericano y la prensa conservadora argentina.¹⁷ Los militares, las fuerzas derechistas, La Nación, La Prensa, Correo de la Tarde¹⁸ querían precipitar la ruptura con Cuba y plegarse a la invasión bajo el subterfugio de una acción concertada: una fuerza interamericana para derribar al poder revolucionario. Sucesivos actos del gobierno recibieron severas amonestaciones por parte de la jefatura castrense y la gran prensa. El tono secreto en que se mantuvo la fugaz visita del Che Guevara y la posterior revelación de su entrevista con Frondizi, desató otra clamorosa desaprobación de las FFAA.¹⁹

En ese clima de hipersensibilidad, los servicios de inteligencia militares y algunas publicaciones afines, como La Razón y Correo de la Tarde, venían agitando el hallazgo de “pruebas” de la influencia revolucionaria cubana en nuestro país: la incautación de libros y folletos procedentes de la Isla, el señalamiento de militantes izquierdistas simpatizantes, alertas sobre adiestramiento de terroristas argentinos en la embajada de Cuba, etc.²⁰ Pero el anticomunismo requería operaciones más estruendosas, con un impacto en la opinión pública de tal gravedad que agilizara las pulsiones rupturistas contra el régimen revolucionario. La prensa conservadora se prestó a maniobras desdorosas para atizar la fobia anticubana.

EL DISCURSO DE LA INFILTRACIÓN. LAS “CARTAS CUBANAS”

La ofensiva golpista y militarista en la Argentina, instigada por la cruzada anticubana de la prensa tradicional, asumió la duplicación de argumentos y estrategias de las agencias de seguridad e inteligencia de Estados Unidos, de la SIP (a la sazón, instrumento de injerencia y difamación contra Cuba) y del influyente núcleo de exiliados cubanos residentes en Miami. En los primeros días de octubre de 1961 desencadenó una crisis política que afectó a funcionarios gubernamentales y precipitó el deterioro de las relaciones diplomáticas entre ambas naciones. En un ejemplo de maniobra de guerra psicológica, la prensa derechista nacional amplificó una burda campaña de acusaciones al régimen revolucionario, acusándolo de instrumentar un complot contra el estado argentino y magnificando su influencia sobre el gobierno, las fuerzas políticas, sindicatos y movimientos estudiantiles.

Con el típico estilo sensacionalista, las primeras planas presentaron “documentos” que contenían un plan de interferencia y desestabilización de funcionarios de la revolución contra el gobierno argentino. La Sociedad Interamericana de Prensa, a través, del “periodista” y agente de la CIA Jules Dubois, aceptó la difusión de la patraña en los diarios latinoamericanos.²¹

La forma de presentación del “hallazgo” -lo hicieron cubanos anticastristas en EEUU-, así como el estilo efectista de la redacción y la extravagancia de los argumentos, revelaban la pluma de los servicios de inteligencia locales, en coautoría con el espionaje norteamericano. El mismo gobierno cubano desmintió los escritos, aduciendo una falsificación encaminada al rompimiento de relaciones argentino cubanas.²² No obstante, la intensa difusión propagada por los grandes diarios, que tomaron los datos por ciertos, y la credibilidad que le dieron las fuerzas derechistas, mostraban la en la que discurría el anticomunismo vernáculo.

Las “cartas”, cuya redacción fue imputada a funcionarios de la embajada y de la cancillería cubana, fueron presentadas en nuestro país por Frank Díaz Silveira, un abogado contrarrevolucionario, residente en Miami, que reportaba a la CIA. El ardid era más viscoso todavía; los textos ni siquiera eran originales, sino copias cuyas versiones “auténticas” estaban en Estados Unidos, donde ciertos funcionarios las habían presentado al presidente Frondizi, en ocasión de su gira.²³ Estos, a su vez, los habían recibido de uno de los enemigos más enconados de la revolución, Manuel “Tony” de Varona, líder del Frente Revolucionario Democrático, la organización en la que la CIA cifró sus principales esperanzas para el derrocamiento de Fidel Castro.²⁴ Como quedó demostrada por la recepción que le dio a las “cartas”, la prensa argentina replicó los argumentos de los anticastristas; sostenía que las cartas “probaban” el interés del régimen revolucionario por desestabilizar la Argentina, a través del espionaje militar, del adiestramiento de aspirantes a guerrilleros por parte de la embajada y de campañas para influir en la opinión pública.

DESINFORMACIÓN Y GUERRA PSICOLÓGICA²⁵

Los argumentos y el tipo de redacción de las cartas revelaban los trazos inequívocos de los servicios de informaciones locales, en connivencia con agencias de espionaje norteamericanas, una hipótesis nunca contemplada por los diarios del establishment

argentino. Según estos, las 82 fojas “demostraban” el gran dominio y la familiaridad con que el régimen revolucionario podía incidir o digitar los hilos del poder político y el gabinete de Frondizi.²⁶ Sin el menor chequeo ni contraste de pruebas, La Nación sostenía que los “documentos” apuntaban a boicotear y desacreditar el proyecto de “ley de defensa de la democracia”, cuyo objeto era la represión al comunismo.²⁷ El diario de la familia Mitre ponderaba como ciertos los argumentos conspirativos y estrafalarios de las “cartas”; por ejemplo, la enorme injerencia de los cubanos en la estrategia de las fuerzas políticas y sociales de nuestro país, su papel como artífices de un “frente electoral de izquierdas”, cuyas expectativas crecían a partir del triunfo electoral del senador Palacios, o sus artimañas para digitar y disciplinar la conducta del senador socialista y de varios partidos políticos argentinos. Para el diario, los cubanos tenían agentes polifuncionales, siempre ubicados estratégicamente en cada una de las manifestaciones del conflicto político.²⁸ Entre estos, señalaban a los militantes de la izquierda socialista, como una suerte de secuaces clandestinos teledirigidos desde La Habana. La cuestión no venía a revelar ningún secreto, ya que el Partido Socialista Argentino y una de sus escisiones, el Socialista Argentino de Vanguardia, eran organizaciones que hacían una defensa pública y encendida de la revolución, convicción demostrada en numerosas declaraciones, escritos, conferencias y actos.²⁹

Los datos consignados en el epistolario secreto evidenciaban que los Servicios de Inteligencia (sus redactores) conocían los diversos afluentes de simpatías y compromisos que la Revolución cosechaba en el espectro de la izquierda local y en partidos de orientación progresista, aunque sintetizaban el fenómeno con conclusiones efectistas y pronósticos desaforados. En la potencial convergencia pro cubana, las “cartas” celebraban la adhesión de disidentes de la UCRI; “el Partido Progreso de Santa Fe”, donde también confluían “valiosos ex peronistas y neomarxistas”; el Movimiento de Liberación Nacional; el Movimiento Social Progresista; un sector del Partido Demócrata Progresista; el Movimiento Radical Nacional y Popular Argentino de Buenos Aires y Córdoba; el Partido Unión y Progreso de Buenos Aires, la Federación Universitaria Argentina y varias corrientes estudiantiles. Rebosantes de esquematismo, los textos conferían al Partido Comunista un rol preponderante en la atracción de fuerzas insurgentes y al gobierno cubano con un potencial maquiavélico para direccionar las estrategias de los peronistas, los demócratas cristianos, de los radicales y de líderes sindicales combativos.³⁰

Al publicar las “cartas”, la prensa del establishment acentuaba la peligrosidad de los planes cubanos en Argentina, ya sea como responsables de los conflictos fabriles, del sabotaje a las empresas de diarios, radio y televisión o perpetradores de un complot contra la economía nacional.³¹ No pocas veces, el tono de las “revelaciones” eran afirmaciones sobre fenómenos obvios, como el apoyo a la Revolución por parte del movimiento estudiantil. Las simpatías debían ser alentadas a través viajes de estudiantes a la isla, donde debían recibir un “adoctrinamiento marxista”. Felicitaban la gestión del rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, como un aliado incondicional. No obstante, daban a entender que las direcciones estudiantiles (FUA y FUBA) no demostraban el empuje de otros años. Los consejos para remontar esas dificultades delataban, una vez más, las inclinaciones de los redactores por las visiones conspirativas de la política: agentes polifuncionales de la Revolución, como Abel Alexis Lattendorf, debían persuadir hacia el rumbo correcto a un conjunto de profesores y académicos prestigiosos.³²

La “textos” presentados por La Nación y La Prensa implicaban a los cubanos en peligrosas actividades delictivas; entre ellas, organizar una brumosa y nunca identificada red de contrabando de drogas, con base en Bolivia, para ingresar armas en Salta y el norte del país; efectuar el relevamiento del número de efectivos policiales de las ciudades de Córdoba, Rosario, Salta y Tucumán; instigar “campañas de manifiestos de desprestigio de las FFAA”; y preparar a jóvenes militantes para la lucha armada, mediante la creación de “escuelas de guerrilleros”.³³ Aunque nunca se registraron evidencias de estos establecimientos en ninguno de los lugares señalados, se alertaba sobre su funcionamiento en la localidad de La Noria, cercana a Coronel Pringles. El explosivo globo de ensayo informativo nunca fue probado y los funcionarios de la UCRI desestimaron el rumor.³⁴

CONCLUSIONES

La prensa tradicional actuó como una tribuna de denuncia de la movilización social y política que cuestionaba el orden instaurado tras el derrocamiento y la exclusión del peronismo. Observaba como protagonistas principales del proceso a activistas gremiales y juveniles del peronismo, a grupos de la vieja y nueva izquierda, a la activación de la militancia universitaria y, como un peligroso factor de estímulo y convergencia, a la incidencia de la revolución cubana.

A principios de los sesenta, los grandes diarios asumieron como propia la estrategia internacional de los Estados Unidos para intervenir, hostigar y destruir al régimen revolucionario cubano. Con singular vehemencia fiscalizaron y amonestaron los comportamientos del gobierno argentino y de las fuerzas políticas que no se comprometieran con el alineamiento hemisférico anticomunista de la guerra fría, propiciado por la gran potencia y, en el campo específico, por la Sociedad Interamericana de Prensa. A través de sus editoriales y de la información procedente de las agencias periodísticas internacionales,³⁵ instó a la aplicación de medidas coercitivas contra las diversas manifestaciones de la amenaza comunista en la región. En el marco de dicho empeño, alentó la participación de las fuerza armadas en la represión de aquellos grupos, compartiendo los enfoques de lo que no tardaría en llamarse Doctrina de la Seguridad Nacional. Sus crónicas e informes dieron por válidas las creencias militaristas en las fronteras ideológicas y en el enemigo interno. Esas interpretaciones legitimaron las operaciones contrainsurgentes que cuestionaron y derrumbaron a varios regímenes democráticos latinoamericanos.

Conforme a esos procedimientos, la prensa liberal conservadora orientó un dispositivo informativo propenso a la magnificación y la fabulación de la omnipresencia de revolucionarios y agentes cubanos que atacaban las instituciones políticas y la estabilidad económica de nuestro país.³⁶ Protagonista de uno de los capítulos más sombríos y pantanosos del periodismo argentino, la prensa del establishment instigó, a través de la mendacidad y de maniobras de guerra psicológica - como la difusión de las “cartas” fraguadas por el lobby anticastrista-, la ruptura del gobierno argentino con el régimen cubano y las ulteriores medidas de intervención y bloqueo de la Isla. Patrocinadoras de ejercicios de desinformación y coacción sobre la “opinión pública”, las empresas periodísticas del establishment inocularon un legado perdurable en la cultura política latinoamericana.

NOTAS

¹ La caracterización del diario como un actor político que intenta unificar y representar los intereses de la burguesía argentina fue expuesta por Ricardo Sidicaro en su libro *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Bs As., Sudamericana, 1993, p.6.

² Desde 1950, la SIP fue una trinchera del anticomunismo, instigada por los gobiernos de Estados Unidos y por la CIA. Dos “periodistas” delegados de ese país, Joshua Powers y Jules Dubois - ex coronel de inteligencia del ejército devenido corresponsal del Chicago Tribune en América Latina-, eran agentes de la Compañía, y otro, Tom Wallace, era funcionario del Departamento de Estado. Rodríguez Álvarez Ángel, “Qué libertad de prensa defienden la SIP y Compañía”, Red Voltaire, 31 de marzo de 2008, www.voltairenet.org/a156212.

³ En un primer momento, La Nación, La Prensa y otros diarios, observaron con cierta simpatía el triunfo de los rebeldes y la caída de Batista, ejerciendo una comparación entre las virtudes y el coraje de los milicianos de Sierra Maestra con las que habían demostrado los militares argentinos que habían derrocado a la “dictadura de Perón”. También ponderaron la visita de Fidel a Buenos Aires, el 1 de mayo de 1959, en un conclave de la OEA. “Caída sin grandeza”, La Nación, 2-1-59; “Una importante reunión tuvo el comité de los 21”, La Nación, 3-5-59. A partir de las sentencias de los tribunales revolucionarios contra los verdugos batistianos (“Mas sentencias en La Cabaña”, La Nación, 3-2-59), de la radicalización de la reforma agraria y del igualitarismo que perseguía la revolución, la empresa de los Mitre comenzó a atacarla, reproduciendo las notas y las interpretaciones del agente de CIA, directivo de la SIP y corresponsal del Chicago Tribune, Jules Dubois. La SIP, en la que La Nación tenía por representante a su vicedirector Juan Valmaggia, inició, a partir de 1960, una furiosa campaña de difamación contra la Revolución.

⁴ La toma del Frigorífico Lisandro de la Torre, en enero de 1959, las huelgas de ferroviarios, bancarios, metalúrgicos y textiles, y las acciones armadas de la resistencia peronista, nutrían un clima de turbulencia sociopolítica que desvelaba al establishment económico y militar, deseoso de la aplicación de instrumentos coercitivos. Salas Ernesto, *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, Bs. As., Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política, 1990, pp 297-298. Cooke, el fundador del peronismo revolucionario, se exilió en Cuba en 1960. Un año antes, se había desbaratado el primer emprendimiento guerrillero de base peronista en el norte del país, los Uturuncos. Los principales operativos fueron la toma de la estación del Ferrocarril Mitre, de la Comisaría de Alto Verde y del Destacamento de Frías, en la provincia de Tucumán. “Uturunco: evaluación de nuestra experiencia”; en: *De Frente con las Bases Peronistas*, 2da, época, año 1, nº 11, 25/7/ 1974, p.32. Bozza Juan Alberto, “El Peronismo Revolucionario. Corrientes y experiencias de la radicalización sindical (1958/1968)”; en: *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, nº 3, otoño de 2006, Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Págs. 88 a 116.

⁵ A principios de 1960, la dirección del PCA estableció acuerdos con Cooke para la publicación de *Soluciones*, revista que reunió a H. Agosti, E. Giúdice, Isidoro Gilbert, Cooke y a ex militantes de la UCRI, como Ismael Viñas y Ramón Alcalde. Cooke, Alicia Eguren y el activista metalúrgico Héctor Tristán integraban la vertiente peronista del semanario.

⁶ Cooke valoraba la labor de abogados gremiales socialistas como Elías Semán, por la defensa de activistas peronistas perseguidos, algunos de ellos sobrevivientes de la guerrilla de los Uturuncos. “Carta de J. W. Cooke a Alhaja”, 18 de agosto de 1961; reproducida en Mazzeo Miguel, *John William Cooke, Textos trasapelados (1957-1961)*, Bs. As. La Rosa Blindada, 2000, p.109. Ricardo Monner Sanz fue otro abogado socialista defensor de los presos Conintes de origen peronista. La revista *Che*, editada por el Partido Socialista Argentino de Vanguardia,

promovió la confluencia entre Cooke y la izquierda socialista pro cubana. Tortti María Cristina (2002), “La izquierda argentina: comunistas y socialistas en la revista ‘Che’ “, Estudios Sociales nº 22/23, Santa Fe, pp. 150-151.

⁷ Como quedó registrado en el intercambio de cartas entre Cooke y Perón. Perón/Cooke, Correspondencia. Bs. As., Parlamento, 1984, v. 2., pp. 243 y ss.

⁸ La Nación, 7/2 y 10/2/1961. Tortti María Cristina, “La nueva... óp. cit., p. 158.

⁹ La Nación, 19/2/ 1960.

¹⁰ En 1960 una bomba destruyó el edificio del diario La Voz del Interior y otra el depósito de combustible de Shell Mex. Zanichelli fue destituido en junio de 1960. Nosiglia Julio, El desarrollismo, Bs. As., CEAL., 1983, p. 127/128.

¹¹ La Nación, 14/6/ 1960. El movimiento sedicioso se produjo el 13 de junio de 1960. Fue encabezado por el general retirado Fortunato Giovannoni, al mando de una unidad militar sublevada que detuvo al gobernador. El golpista leyó por radio la proclama que acusaba a: “la podredumbre que amenaza aniquilar las últimas reservas morales de la sociedad argentina... una red de funcionarios marxistas, enquistados en el gobierno, protegidos y adjudicados por el equipo trotskista dirigido personalmente por Frondizi... para instaurar la República Popular Marxista como última etapa’. El fiasco duró seis horas y contó con el apoyo de algunos civiles adherentes de la UCRP (con desautorización del Comité Provincia). También fue apoyado por conservadores macartistas como el arquitecto Adolfo Sánchez Zinny, un adherente a la Revolución Libertadora y fundador de Movimiento Cívico Revolucionaria. Esta minúscula y vocinglera asociación anticomunista combatía al gobierno de Frondizi, responsable de una peligrosa colusión de peronistas y comunistas. Véase el obituario apologético de La Nación, 24/1/2001.

¹² Las denuncias del almirante en La Nación, 2/4/ 1961. Del Carril Bonifacio, La crisis argentina, Bs. As., Emecé, 1960, p. 93. Este influyente político derechista fue miembro de la Academia Nacional de la Historia y abogado de poderosos grupos empresarios, como Bemberg, Dreyfus, Bunge y Born. En 1962, fue designado canciller por el gobierno de facto de José M. Guido.

¹³ La Nación, 29/6/ 1960. Las experiencias contra insurreccionales de los franceses provenían de la represión de los movimientos de liberación nacional en Indochina y Argelia. Los generales Rosas y López Aufranc aprendieron este tipo de estrategia en la Escuela Superior de Guerra de París. Sobre la cuestión, véase el libro esclarecedor de Robin Marie-Monique, Escuadrones de la muerte. La escuela francesa, Bs. As., Sudamericana, 2005. También Ernesto López, Seguridad nacional y sedición militar, Bs. As., Legasa, 1987, p. 135 y ss.

¹⁴ La Prensa, 3/10/1961. El “Curso Interamericano de Guerra Contra-Revolucionaria” contó con la asistencia de militares de catorce países de América. Según el embajador de Francia en Argentina, Du Chayla : “El rol de los asesores franceses en la concepción y la preparación de este curso ha sido determinante”. Diego Llumá, “Los maestros de la tortura. La influencia militar francesa en la lucha antsubversiva argentina”. Todo es Historia, nº 422, septiembre de 2002. Mazzei, Daniel. “La misión militar francesa en Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1962”. Revista de Ciencias Sociales Nº 13. Universidad Nacional de Quilmes (diciembre de 2002), pp. 107 a 112.

¹⁵ Del cónclave surgió una declaración de condena a Cuba, aunque no una mención explícita del régimen de Fidel, tal como pretendía EEUU. La respuesta cubana no se hizo esperar. En declaraciones televisivas, el canciller Roa calificó de inamistosa para con el pueblo cubano la propuesta del canciller argentino y, evitando la insipidez del lenguaje diplomático, caracterizó al presidente Frondizi como “la concreción viscosa de todas las excrecencias humanas”. El gobierno argentino elevó una nota de protesta y retiró al embajador de La Habana. Perón/Cooke, óp. cit., p. 170.

¹⁶ La Prensa, 26/3/ y 7/4/ 1961.

¹⁷ La Nación omitía la responsabilidad del gobierno de Estados Unidos en la invasión de Bahía Cochinos, Consideraba al hecho como una guerra civil entre cubanos. “Panorama político”, La Nación, 23/4/1961. También repudiaba que algunos líderes latinoamericano buscaran una solución pacífica en el enfrentamiento contra Cuba y abrieran la puerta para una negociación económica con la Isla. Su posición era cerrilmente dogmática. Sostenía: “El hecho es que el apoyo a Cuba, directo o indirecto, consolida un régimen comunista en América Latina y sienta un precedente [...] La coexistencia pacífica puede ser, en definitiva, la comunización pacífica”. “Panorama político”, La Nación, 27/8/1961.

¹⁸ Periódico fundado el 26 de noviembre de 1958 por Francisco Manrique, alto oficial de la Marina y conspicuo partidario de la Revolución Libertadora.

¹⁹ La visita del Che se produjo el 18 de agosto de 1961. Correo de la Tarde dio la señal de alarma al publicar una fotografía del líder cubano dirigiéndose al avión que lo retornaría a su país.

²⁰ Las denuncias señalaban a Cooke y a Silvio Frondizi. La Razón, 26/7/ 1960. Véase también Perón/ Cooke, op. cit., pág. 162.

²¹ Dubois fue responsable de la Comisión de Libertad de Información de la SIP. Estuvo en Cuba en 1959, logrando entrevistar a Fidel Castro, A partir de la reforma agraria, comenzó a atacar y conspirar contra la revolución y reunir a los grandes propietarios de las empresas periodísticas privadas. El Che lo retrató como un “gángster del periodismo”, en una carta dirigida a la revista Bohemia, el 23 de mayo de 1959.

²² “La documentación... es burda, prefabricada y contraproducente. Fue producida con el objeto de crear situaciones difíciles de orden interno, para provocar con ello la ruptura de relaciones con Cuba y justificar la reunión de la OEA para aislar y expulsar a Cuba”. La Nación, 2/10/ 1961.

²³ En una reunión oficial, en septiembre de 1961, el Secretario de Estado, Dean Rusk, presentó las cartas a Frondizi y este las consideró falsas. Verbitsky Horacio, Página 12, 16/12/ 2007.

²⁴ Varona estaba integrado al FRD, milicia terrorista fundada por la CIA en Méjico, el 22 de junio de 1960. Fueron autores de una serie de sabotajes contra la industria azucarera. Guerra Sergio y Maldonado Gallardo Alejo, Historia de la revolución cubana, Navarra, Txalaparta, 2009, p. 92.

El FRD exigía sancionar al gobierno de Cuba, en nombre del artículo 8º del TIAR. La Nación, 1/10/ 1961. Sobre las acciones de los grupos cubanos contrarrevolucionarios, véase Gregorio Selser, CIA, de Dulles a Raborn, Bs. As., Ediciones de Política Americana, 1967.

²⁵ A partir de la década de 1950 y con el consentimiento de Einsenhower, la CIA desarrolló los programas de este tipo de guerra, que incluía procedimientos como las “mentiras necesarias”, la desinformación, la difamación, etc. Influyentes publicistas y periodistas, como C.D. Jackson, del imperio informativo Time/Life ,colaboraron en esta dimensión de la guerra fría. Stonor Saunders Frances, La CIA y la guerra fría cultural, Madrid, Debate, 2001, pp. 209/234.

²⁶ Según las cartas en poder de los anticastristas, el régimen revolucionario proponía mantener buenas relaciones con los doctores Camilión y Rodríguez Larreta que ejercían influencia en la política exterior argentina. Otra conducta había que seguir con el nacionalista católico de Pablo Pardo. El estilo de la redacción demostraba cierta sobreactuación: “En cuanto al doctor de Pablo Pardo necesitamos barrerlo definitivamente...Es un enemigo peligroso”. La Nación, 1/10/1961.

²⁷ No había un atisbo de sospecha en La Nación, sobre el tono de dramatismo cinematográfico con que las cartas presentaban los hechos. La ley debía ser atacada, decían las cartas, “puesto que pulverizaría nuestras posibilidades de futuro”. Además recomendaban “penetrar los grupos gubernamentales para impedir el quórum necesario”. *Ibidem*

²⁸ Con un parrafeo artificioso, digno de un guión de películas de espionaje de clase B, las “cartas” aluden a la conducta de Palacios; dicen: “pero últimamente lo encontramos falto de

objetividad marxista". Recomendaba un seguimiento de la labor del senador: "Después de meditarlo mucho, hemos llegado a la conclusión de que Lattendorf debe hacerle una llamada al orden al senador Palacios en "CHE", para que él recuerde que nos debe lo bastante como para no cerrarse el camino y convertirse en un gusano putativo como Rodríguez Araya. Por otra parte, el senador Palacios...nos resulta tan útil que no podemos quemarlo totalmente". La Nación, 2/10/ 1961.

²⁹ Se señala a la revista CHE y a Alexis Lattendorf; así como a Silvio Frondizi e Ismael Viñas como aliados. Sobre este último, se enfatizaba "quien tan grata impresión produjo en nosotros". La Nación 1 y 2/10/ 1961.

³⁰ El PC "debe ser el nervio y gestor, conforme a las experiencias de la revolución cubana". La Nación, 2 de octubre de 1961. El dato resulta llamativo. Si bien el PCA ya demostraba su simpatía con la Cuba fidelista, no era la organización más entusiasta y combativa a la hora de discutir las posibilidades de la "vía armada". Véase al respecto: Tortti María Cristina, "Comunistas disidentes: El grupo de Pasado y Presente y los orígenes de la nueva Izquierda". Inédito, 2002, p. 3. Las cartas recomendaban ser cauteloso para promover las tendencias de izquierda dentro del peronismo, "dado que los doctores Cooke y Borlenghi están manejando estos asuntos". Además se debía hacer lo posible para evitar una avenencia entre el peronismo y el general Aramburu, misión que se le encomendaba a Lattendorf. Otros párrafos alentaban las discordias para debilitar al PDC, ya que "los católicos pueden movilizar a las masas fanatizadas contra nosotros y tenemos que dividirlos". Consideraba al radical Santiago del Castillo como candidato del Frente de Izquierdas; pero alertaba sobre las características del futuro gobierno: "de todos modos, habrá que ir sembrando la idea de que el futuro gobierno debe tener su punto clave en el primer ministro, como ha sido característico en todas las revoluciones". Se decía que la columna vertebral del frente eran organizaciones sindicales que debían estar orientadas por cuadros vinculados con la dirección revolucionaria cubana. La cuestión era planteada sin demasiada sutileza: "Es indispensable situar en los cuadros dirigentes hombres incondicionalmente nuestros". La Nación 2/10/ 1961.

³¹ Con aire tremendista, se confesaba un "plan de perturbaciones interior que impida el proyecto televisivo de Goar Mestre en Canal 13" (Mestre había sido el zar de la televisión batistiana ; a partir de la revolución, huyó hacia la Argentina). Los planes para interferir en los medios de prensa eran resumidos por una prosa tan avasalladora como explícita: los sindicatos debían "infiltrar en los centros de trabajo la mística de la invencibilidad de la revolución cubana". Según las cartas, los militantes pro cubanos debían producir una "hipertrofia de la economía" mediante demandas permanentes en el mundo del trabajo, con el fin de afectar la productividad de las empresas. Se trataba de "una paciente labor de sabotaje". La Nación 1 y 2/10/ 1961.

³² Ciertos párrafos sobre la situación de la UBA denotaban un efectismo caricaturesco. Según las cartas, la situación de dicha universidad "se encuentra notablemente superada por la de Bahía Blanca". Se recomendaba afianzar el vínculo con caracterizados profesores: "Es conveniente que los profesores Monner Sanz, Rubén Benítez, Portnoy y Luís Romero (sic), fuesen nuevamente visitados por Lattendorf". La Nación, 2/10/ 1961.

³³ *Ibidem*.

³⁴ "Necesitamos saber si se trata de una delación o de un servicio policíaco. El C (compañero) José Ramón Alejandro o el C(compañero) Pacheco deben tener alguna información sobre este asunto", registraba con cierta resonancia farsesca una de las cartas. La Nación, 1/10/ 1961. La apacible aldea del sudoeste bonaerense no registró ninguna presencia foránea inquietante, tan solo entusiastas campamentistas que visitaban la comarca de Sierra de la Ventana.

³⁵ Associated Press, United Press International, Reuther, fueron las principales agencias alineadas con Estados Unidos. Para una radiografía crítica de los monopolios informativos

internacionales y sus vínculos en la Argentina, Walsh Rodolfo, “¿Quiénes pretenden manejar la opinión pública?”; CGT nº 55, 17/10/1970.

³⁶ Ante la creciente sospecha de la falsedad de las “cartas”, el diario La Nación desnudaba su intencionalidad política. Advertía: “Aún cuando la validez de las cartas sea desestimada, no se puede desestimar el carácter intervencionista del fidelismo”. “Editorial”, La Nación, 16/10/1961.